

Lecturas

CONTRA LO COMÚN. UNA HISTORIA RADICAL DEL URBANISMO

Álvaro Sevilla Buitrago

Alianza Editorial, Madrid

353 págs.

Al empezar a estudiar sociología, me resultó muy llamativo cómo algunos autores vinculaban el surgimiento de la disciplina a la necesidad de un contrarrelato capaz de enfrentarse a las ideas socialistas. En un periodo marcado por las teorías revolucionarias hacía falta oponer una narrativa que legitimara científicamente el orden social y apuntara formas virtuosas de progreso, que no cuestionaran el modelo socioeconómico.

Al situar el inicio de su historia del urbanismo durante el proceso de cercamiento de las tierras comunales en Reino Unido, Álvaro Sevilla realiza un ejercicio análogo con relación al urbanismo. Este libro rastrea de forma clarividente cómo el surgimiento del planeamiento urbano es inseparable del despliegue de la racionalidad capitalista y la lucha contra los bienes comunes. Un violento proceso de desposesión en el que se subordinaron los intereses del campo a los urbanos y se ensayaron las herramientas de intervención de la disciplina (racionalización del uso de la tierra y regímenes de propiedad, transformaciones espaciales que persiguen efectos sobre los tejidos sociales, cartografías estandarizadas, consultas públicas...).

Tras analizar el urbanismo antes del proceso de urbanización derivado de la revolución industrial, *Contra lo común* procede a analizar pormenorizadamente tres episodios históricos de distintas ciudades. Momentos singulares que condensan las tensiones de una época y permiten comprender la evolución de las disputas entre la apropiación del territorio por las multitudes y las transformaciones espaciales para facilitar la circulación y el crecimiento del capital. Retratos de luchas sociales singulares de las que pueden encontrarse resonancias en cualquier gran ciudad de los países enriquecidos.

La primera parada es en Nueva York y Chicago a principios del siglo XIX, momento en el que, ante condiciones de habitabilidad miserables, las comunidades obreras se habían apropiado de las calles y plazas. Su uso cotidiano daría forma, frente a las reglas de urbanidad defendidas por la burguesía, a la *publicidad subalterna*. El autor denomina así a las prácticas que propiciaban que las calles sirvieran a la economía informal (venta callejera, cría de cerdos, reciclaje...), la conformación de redes de ayuda mutua o la crianza compartida a nivel barrial.

Esta efervescencia social fue enfrentada mediante reformas orientadas a imponer unas reglas en el uso del espacio público que fueran acordes a la urbanidad burguesa, y que indirectamente suponían procesos de desempoderamiento y descolectivización. El paradigma de estas transformaciones sería Central Park, cuyo

acceso es *a priori* universal, pero en el que se genera la exclusión mediante mecanismos más sutiles como la normativa y la regulación que limitan los estilos de vida aceptados en su interior, evitando activamente muchas prácticas propias de las clases populares. Una estricta regulación definía los horarios de apertura y las formas de acceso, la prohibición de pisar el césped, coger flores o dar de comer a los animales, la presencia de mascotas, el respeto a los usos asignados a cada espacio o la obligatoriedad de comportarse de manera decorosa. Las ordenanzas también incluyeron medidas específicas para evitar la presencia de actividades frecuentes en espacios públicos convencionales: venta ambulante, juegos de azar, pitonisas, mendicidad, fuegos artificiales y globos, instrumentos musicales, banderas y pancartas... Si las vallas han sido el símbolo de los cercamientos y la exclusión de las clases populares, aquí asistimos, sin embargo, a procesos de *desposesión sin privatización*.

El segundo episodio histórico sería el Berlín de la República de Weimar y las luchas por la centralidad urbana. Los procesos de renovación para construir una ciudad de influencia mundial conllevaron la mercantilización del centro de la ciudad, sus usos y su accesibilidad, mediante el desarrollo de los primeros centros comerciales y una transformación en los hábitos de ocio y consumo, así como la priorización de las formas de movilidad motorizada frente a los tranvías o las bicicletas que servían para desplazar a las masas obreras.

Los barrios populares se habían convertido en nuevas centralidades funcionales y políticas, cuya vida cotidiana gravitaba sobre una esfera barrial que permitía disfrutar de una autonomía relativa. En ellos las comunidades locales encontraban mu-

chos mecanismos de solidaridad y subsistencia para autorreproducirse.

Los gobiernos socialdemócratas lanzaron ambiciosos programas de vivienda, que resultaron tremendamente ambivalentes. Las nuevas periferias obreras suponían innegables mejoras cualitativas en la habitabilidad de las viviendas, el acceso a equipamientos colectivos y zonas de juego para la infancia. Como contrapunto resultaban asequibles únicamente a los colectivos obreros más acomodados e implicaban la pérdida de vida callejera y la complejidad del centro, puesto que había escaso comercio para satisfacer necesidades cotidianas y las viviendas se encontraban distantes de las zonas industriales. Además, desarticularon las prácticas de clase y supusieron conflictivos procesos con asociaciones de residentes y cooperativas de vivienda.

El tercer episodio se centra en la ciudad de Milán y las tensiones en torno a los comunes de la creatividad, cuyos usos, propuestas y planteamientos impulsados desde los movimientos autónomos revolucionaron la ciudad consolidada durante los años setenta. Estos reivindicaban el derecho a decidir sobre la gestión de la ciudad, interviniendo directamente mediante la ocupación de edificios para transformarlos en centros sociales –más de una treintena en esa ciudad– y mediante la transformación de barrios estigmatizados en polos de creatividad e innovación política. Movimientos estudiantiles, un proletariado juvenil y un embrionario proletariado del sector servicios se afanaron en tratar de socializar la creatividad entre la ciudadanía, tratando de ensayar un nuevo régimen de uso y apropiación del espacio público. Luchas complementarias a las que se daban a través de los sindicatos en las grandes fábricas, pero que las desbordaban al vol-

verse ingobernables: apropiaciones colectivas de alimentos en supermercados, acciones colectivas para colarse en el transporte o el cine...

Los planes urbanísticos más transformadores o reformistas, influenciados por estas corrientes, fueron siendo sustituidos a lo largo de los años ochenta, cuando fue consolidándose un urbanismo neoliberal. Este combinará la cirugía urbana de los megaproyectos de regeneración con la acupuntura de intervenciones tácticas y difusas, promovidas bajo retóricas de innovación, concertación y dinámicas público-privadas. Milán destacaría por su habilidad para capturar esta oleada de creatividad social, mediante los enfoques empresariales en las comunidades de base y la promoción de fórmulas colaborativas para revitalizar determinadas zonas que se habían vuelto estratégicas.

Una exitosa perversión de las propuestas y la acción colectiva desplegada por los movimientos autónomos para regenerar enclaves urbanos en declive y un hábil manejo institucional han sido capaces de traducir el espíritu rebelde y la imaginación social en un elogio de las arquitecturas de autor, dinámicas de competencia intraurbanas, mercantilización de barrios y procesos de gentrificación en los que se rentabiliza la intervención de iniciativas ciudadanas que han quedado arrinconadas.

El libro concluye con un apartado donde se invita a revertir este proceso de descolectivización de las ciudades, reactualizar los comunes y explorar las posibilidades de comunalización del urbanismo. Una propuesta que lleva a dialogar con temáticas emergentes como la economía solidaria y el cooperativismo, la agroecología urbana y periurbana o la necesidad de otorgar protagonismo a la infancia a la hora de redi-

señar los lugares que habitan. A esto se suman cuestiones como la centralidad del municipalismo, la democratización de las instituciones y la profundización en mecanismos de reequilibrio territorial y justicia ambiental. Las últimas páginas terminan recordando que «la *comunización* no es la antítesis de la planificación, sino una praxis de planificación de base alternativa que puede redefinir la disciplina, tanto en las calles como dentro de los aparatos estatales».

Jean Paul Sartre solía bromear diciendo que cómo no iba a poder cambiarse el futuro, cuando los historiadores no paraban de demostrar que hasta el pasado es susceptible de modificarse y reinterpretarse. Siguiendo esta estela, Álvaro Sevilla ha escrito un libro enormemente valioso y creativo, al atreverse a reescribir la historia del urbanismo desde un nuevo prisma. Un texto que evidencia la importancia de volver a escribir los relatos que nos han contado, de forma que enriquezcan y complejicen nuestra comprensión del mundo urbano, ampliando nuestras posibilidades de intervenir de forma exitosa sobre la ciudad.

Al terminar la lectura, me acordaba de una conversación entre Foucault y Deleuze, donde este último planteaba cómo su amigo veía el mundo como un colador, lo que le había permitido analizar de una forma tan minuciosa los mecanismos de poder, y sus inevitables resistencias, lo que nos retiene y no nos deja escapar. Mientras él solo se fijaba en que todo colador deja escapar líquido y que siempre resultaba posible crear nuevas líneas de fuga. *Contra lo común* es el colador que visibiliza las dinámicas de poder visibles e imperceptibles, desnaturaliza la inevitabilidad de la ciudad realmente existente y rememora las derrotas del pasado, apuntando su carácter de futuros alternativos abortados.

A quienes lo hemos leído, nos queda pendiente la escritura de una segunda parte que ponga el énfasis en ayudarnos a explorar y ensanchar las líneas de fuga que existen en el presente.

José Luis Fernández Casadevante, «Kois»
Cooperativa Garúa

SIMBIOÉTICA. HOMO SAPIENS EN EL ENTRAMADO DE LA VIDA (ELEMENTOS PARA UNA ÉTICA ECOLOGISTA Y ANIMALISTA EN EL SENO DE UNA NUEVA CULTURA DE LA TIERRA GAIANA)

Jorge Riechmann

Plaza y Valdés, Madrid, 2022

379 págs.

En epistemología, se entiende por *giro copernicano* o *giro kantiano* el cambio de perspectiva al que es sometida una determinada problemática con objeto de ampliar su horizonte y trascender el punto muerto o callejón sin salida en el que habría quedado atrapado el conocimiento a ella aplicado. Tal es el *giro* que Jorge Riechmann acomete en su libro *Simbioética. Homo sapiens en el entramado de la vida (Elementos para una ética ecologista y animalista en el seno de una Nueva Cultura de la Tierra gaiana)*, publicado en 2022 por la editorial madrileña Plaza y Valdés.

Ciertamente, ni es Riechmann el primero en someter la ética al escrutinio de las ciencias de la vida y de la Tierra ni es esta su primera tentativa al respecto –téngase presente, por ejemplo, su traducción de

buena parte del *Almanaque del condado arenoso*, del ingeniero forestal y ecólogo norteamericano Aldo Leopold, publicada por Los Libros de la Catarata bajo el título *Una ética de la Tierra*, donde el filósofo y poeta madrileño recupera para el gran público textos clave de uno de los pioneros de la ética ecológica. En el libro que ahora reseñamos, no obstante, Riechmann introduce una novedad en el planteamiento de este giro epistemológico: no es que *debamos* abrazar la simbioética; es que, además, existen fundamentos sólidos para poder hacerlo. Es decir, rendir el comportamiento humano a la primacía ontológica de los ecosistemas no es únicamente un imperativo moral –amén de una necesidad vital tanto para los seres humanos como para buena parte de los habitantes no humanos de la Tierra– también es algo que, desde la perspectiva de la ciencia, *podemos* hacer legítimamente. Podemos hacerlo porque el cuerpo de conocimientos aplicados que emana de la simbioética se encuentra respaldado por un conjunto de *nuevas ciencias* y saberes que hoy forman ya parte de la *ciencia dura*: la economía biofísica –afinada por Nicholas Georgescu-Roegen– la prospectiva basada en modelos de dinámica de sistemas –desplegada por el matrimonio Meadows y sus colaboradores–, la termodinámica de sistemas disipativos –desarrollada por Ilya Prigogine–, la teoría Gaia y el papel de la simbiogénesis en la evolución de la vida terrestre –de conformidad con los trabajos de James E. Lovelock y Lynn Margulis–, etc.

Comienza Jorge Riechmann haciendo constar la singular naturaleza de la crisis civilizacional multidimensional que atravesamos. Para él, de manera prioritaria, se trata de una crisis ética. Somos una civilización en guerra contra nosotros y contra todas las demás formas de vida con las que compartimos la Tierra. No reconoce-

mos al otro –al extranjero– como un *hermano*, ni a la naturaleza como nuestra *madre común*. De hecho, hemos destruido la naturaleza del marco en el que operamos como civilización global, la hemos *extrañado*, al tiempo que hemos naturalizado al extranjero. La naturalización del extranjero y el extrañamiento de la naturaleza funcionan hoy como el haz y el envés de un mismo mal. Por ello, es apremiante recuperar la compasión, esto es, tender la mano a quienes nos necesitan y reintegrarnos urgentemente en el grueso de los ecosistemas.

Con objeto de facilitar este adecuado encaje de las actividades humanas en el conjunto de los ecosistemas, la teoría Gaia nos ofrece un impulso de renovación cultural por el que nos sería dado integrar el racionalismo laico hegemónico en la macrorracionalidad de una vida que se cuida de sí misma. Frente al desencantamiento del mundo propiciado por el auge de la razón instrumental –que reduce la naturaleza a un sumidero sin fondo al que poder arrojar el cúmulo de los daños asociados a nuestras actividades económicas–, la teoría Gaia tiene el potencial de devolver a la humanidad el sentido y la cordura definitivamente extraviados durante los últimos decenios.

De acuerdo con el nombre que le confirió James E. Lovelock –quien en esto se había dejado orientar previamente por el escritor William Golding– *Gaia* es como nombramos a la vida sobre la Tierra; es la comunidad biosférica conformada por el conjunto de los ecosistemas y los factores no vivos –abióticos– asociados a ellos. El grueso de la vida en el tercer planeta del sistema solar –como suele llamar Riechmann a nuestro hogar– constituye una gran red de interacciones, un inmenso entramado sumamente complejo, aunque rica y finamente estructurado. De hecho,

todos los habitantes de la biosfera, tanto los humanos como los no humanos, somos holobiontes ecodependientes. Incluso las condiciones de habitabilidad para la vida en la Tierra dependen de la propia vida, quien, a lo largo de las eras geológicas, ha moldeado los factores abióticos adaptándolos a sus propias necesidades. No existe, pues, la vida en aislamiento. Antes bien, la Tierra es un planeta simbiótico en el que cada organismo se sirve de otros muchos para perpetuarse a sí mismo por un breve lapso, así como a su especie, a los ecosistemas en los que se inscribe y a la totalidad de estos, es decir, a *Gaia*.

Ahora bien, querer dar cabida a Gaia en la cosmología hegemónica no supone un intento por reintroducir la superstición en nuestras vidas. La noción de naturaleza que representa Gaia es mucho menos que una ambigua y peligrosa realidad sacralizada –que podría servir, por ejemplo, a fines supremacistas o machistas–, pero mucho más que la instrumentalización a la que es sometida en el capitalismo tardío. Gaia no es un producto de la irracionalidad humana ni una presencia difusa objeto de conquista. Gaia es una realidad empírica, constatada por las ciencias naturales y cuya operatividad ha quedado demostrada mediante el método hipotético deductivo. Más aún, Gaia constituye un cúmulo de cimientos ontológicos desde los que fundamentar una simbioética ecológica y animalista. Asimismo, la propuesta ecologista no persigue un regreso a la naturaleza virgen –de la que rigurosamente ya no queda terruño alguno sobre el tercer planeta del sistema solar–, sino un reencuentro de nuestra naturaleza simbiótica.

En el entramado de la vida son varias las maneras por las que la simbiosis entre las distintas especies puede ser puesta en

práctica. Abunda, por ejemplo, la depredación, pero también las asociaciones simbióticas comensalistas –en las que solo se produce beneficio para una de las dos partes, siendo la asociación superflua para la otra–, las parasitarias –donde beneficios y perjuicios se reparten de forma desigual– y, muy especialmente, las mutualistas –en las que los beneficios son mutuos–. De entre todas estas, siempre que la simbiosis se presenta avanzada y madura, es la cooperación mutualista la que predomina. Por lo tanto, este tipo de asociación mayoritaria representa ampliamente la trama ontológica de la vida. Es decir, así son las cosas. Para Jorge Riechmann –siguiendo en ello a Bruno Latour– transitar por la vía de los *objetos galileanos* –la de las cosas tal y como son percibidas desde una exterioridad astronómica– en lugar de por la de los *objetos lovelockianos* –la vía que prima lo *terrestre* y el *engendramiento* de la vida– es darle la espalda a la naturaleza gaiana de la realidad.

No se necesitan grandes dotes de observador para reconocer que entre los seres humanos prevalece culturalmente una visión *tanática* y *fantasmagórica* de la realidad, es decir, una concepción errónea e inadecuada del suelo ontológico en el que estamos insertos y del que dependemos para sobrevivir. Llevados de la mano de la tecnolatría –un irracional y peligroso exceso de confianza en las capacidades de la tecnociencia para resolver nuestros problemas presentes y futuros–, los humanos nos comportamos a menudo como aprendices de brujo y extraterrestres en el tercer planeta del sistema solar. De conformidad con la cultura hegemónica capitalista, actuamos como seres *desterrados*, esto es, como si no fuéramos interdependientes y ecodependientes. Sin ir más lejos, quienes amasan fortunas, mientras continúan con sus negocios

como venían haciéndolo de forma habitual –*bussines as usual*–, se preparan para el colapso ecosocial y asumen el exterminio como inevitable. Mientras tanto, la ciudadanía que habita en el Norte global se comporta mayoritariamente como si se tratara de la última generación sobre la Tierra, sucumbiendo a apetitos y dinámicas desbocadamente biocidas. Con ello, el capitalismo como forma de vida hace de la Tierra una enorme *zona de sacrificio*. Ahora bien, que el capitalismo sea un sistema fallido no es lo verdaderamente trágico; lo nefasto es que el fracaso de este sistema se lleva el mundo por delante y con él buena parte de la vívida riqueza gaiana sobre su faz.

Por desgracia, la derrota histórica del movimiento ecologista y la capitulación mediática ante el estéril y generalizado *greenwashing* dificultan enormemente las transiciones ecosociales. Es más, ni en el pasado hubo verdaderamente desarrollo sostenible ni hoy debemos autoengañarnos pensando que aún hay tiempo para una transición ecológica por la que evitarnos el colapso. Para escapar de los peores escenarios se precisaría una revolución socialista para la que no parece existir hoy suficiente refrendo entre las clases populares. Por su parte, la alternativa ecosocialista tan solo representa una minoría dentro de la izquierda. Ante un panorama como este –apunta Jorge Riechmann–, sería tiempo de resiliencia en comunidades, esto es, de organizarnos para el colapso. Recurriendo a una metáfora al uso, aunque aún no ha colisionado con el iceberg –aterra saber lo próximo que está ya este–, el Titanic puede darse ya por hundido. No obstante, aún tenemos tiempo para organizar el naufragio, distribuir los botes salvavidas e, incluso, tiempo para construir algunos más. Es ahí donde entra en juego el buen colapsar, para el que las transi-

ciones ecosociales y el ecosocialismo resultan vitales.

Nos gustaría concluir esta reseña incidiendo en una de las ideas presentes en el libro: las consecuencias simbioéticas de la conocida como paradoja de Fermi. Si la estadística apunta hacia una alta probabilidad de que existan otras formas de vida inteligentes en el universo, ¿por qué estas no se han manifestado? El postulado de la uniformidad de la naturaleza nos llevaría a aceptar que tal cosa no se ha producido porque el desarrollo de una tecnosfera fundada en el extractivismo y el abuso de combustibles fósiles colisiona con los límites biofísicos planetarios, lo que significaría el declive e incluso la extinción de la civilización extraterrestre que los aplicara. Pero, muy acertadamente, Jorge Riechmann insiste en la existencia de una segunda posibilidad, en la que, según nos parece ver, se entrelaza la noción de los dioses epicúreos con los principios rectores de una simbioética. La vida buena no se reorienta hacia el exterior, sino hacia dentro, lo que hace que sea incompatible con el desarrollo de una tecnosfera biocida y, en consecuencia, desautoriza por completo los viajes estelares. Al igual que las deidades de Epicuro –seres autosuficientes y felices que habitan los espacios intercósmicos sin preocuparse de los ufanos afanes de los seres humanos–, también nosotros debemos aspirar a la vida buena desdeñando nuestras propias ensoñaciones capitalistas y patriarcales de dominación de la naturaleza y de naturalización del otro. En definitiva, debemos comportarnos como holobiontes –interdependientes y ecodependientes– que podrían amar y florecer sobre la piel de Gaia, o lo que es lo mismo, debemos apuntar hacia la endosimbiosis de la humanidad en Gaia.

Raúl Garrobo Robles
Profesor de filosofía y humanidades

SE BUSCA: UN FUTURO POSIBLE EN EL QUE DESEAR VIVIR

Miguel Brieua

Astiberri Ediciones/Carboné, Bilbao, 2023

168 págs.

El polifacético artista sevillano Miguel Brieua no es desconocido para nadie que esté mínimamente en contacto con los medios alternativos españoles o que milita en algún movimiento social. Su reconocible estilo, desbordante de poesía visual y con un humor mordaz hasta el delirio, viene apareciendo en las últimas décadas en medios tan diversos como *Diagonal* (precursor del actual *El Salto*), *El Jueves*, *La Vanguardia*, *Ajoblanco*, *Mondo Brutto*, *El País* o *Rolling Stone*, y más recientemente, con la explosión de las redes sociales de Internet, también circulando (muchas veces sin acreditar) por todas ellas, algo paradójico para un autor sumamente crítico con la tecnología digital y sus consecuencias adictivas y alienadoras. En este salto a la Red de sus obras, el propio autor ha señalado el hito que supuso su tardío estreno en las redes sociales en setiembre de 2018.

Con el título que nos ocupa, Brieua se estrena en la prestigiosa editorial vasca especializada en cómic Astiberri, mostrándonos una faceta algo más ensayística y explícitamente política. Si lo comparamos con otras obras suyas más atemporales, descubriremos en *Se busca* una recopilación de creaciones recientes más centradas, en no pocas páginas, en temas políticos de actualidad, como la política madrileña (el autor se despacha a gusto con la idea *ayusista* de la libertad, por ejemplo) o el auge del nacionalismo español, ya de por sí tan ridículo y aun así tan temible.

No obstante, el *fandom* de este genial y prolífico autor también encontrará en su nueva recopilación sus temáticas de siempre, aunque quizás algo menos volcadas en lo onírico-psicodélico-poético de lo que es habitual en su obra. Por supuesto, no faltan sus omnipresentes juegos de palabras, en los que es un consumado maestro (a la altura, me atreveré a decir, de las greguerías de Gómez de la Serna), sus memorables aforismos e incluso reflexiones filosóficas ubicuas tanto en sus textos como en sus imágenes, pues como ha demostrado especialmente en *La vida / la muerte* o en *Obras incompletas de Marcz Doplacié* (vol. I), para él, imagen y palabra son dos caras de la misma manera de hacer poesía. Todos esos ingredientes acompañan al que es, sin duda, el plato fuerte del libro: una apuesta clara por un anticapitalismo decrecentista como alternativa al colapso más trágico que nos aboca a la extinción, de ahí el subtítulo *Un futuro posible en el que desear vivir*. El autor denuncia «un progreso que carece de futuro y un entretenimiento desprovisto de todo encantamiento», ante los cuales el libro intenta mostrar una salida. El decrecentismo de Brieva se articula en torno a la imaginación como herramienta casi todopoderosa sobre la que articular una nueva cosmovisión entre las ruinas de un mundo delirante que se desmorona, y, sobre todo, un nuevo *desear vivir* de otra manera radicalmente distinta. Si nos hemos automutilado comprando el relato resignado, escapista y nihilista de la cultura capitalista (porque el capitalismo es eso: una cultura, más que un sistema socioeconómico), la imaginación es la llave para escapar, reconstruirnos y reconectar-nos (con los demás seres humanos y con el resto de la biosfera). ¡Si es que aún estamos a tiempo!

Si hay algo que resulta novedoso en esta obra de Brieva es que en ella abandona

recurrentemente su voz habitual, su expresión mediante la metáfora, para hablarnos lisa y llanamente sobre las cuestiones que le preocupan, en un tono semiensayístico que no es habitual en él. Así, en las páginas encabezadas por *Se busca* –posiblemente creadas *ex profeso* para este libro, o quizás recopiladas de textos publicados en su único perfil en Internet, para acompañar al resto de creaciones gráficas publicadas *online* o en numerosos medios en los últimos años, pues el autor es extremadamente generoso a la hora de colaborar con iniciativas sociales y culturales– podemos leer reflexiones del autor que, si bien no están totalmente exentas de su habitual humor, resultan un tanto chocantes en medio de su tono habitual, por serias y directas. Bajo ese epígrafe de *Se busca*, el autor nos va enumerando y reflexionando en este tono más ensayístico (o a veces de microrrelato) aspectos de ese horizonte de deseo que necesitamos (re)construir y del que también nos hablan autoras como Yayo Herrero. Así, por ejemplo, el autor busca «Algo que hacer con uno mismo para mantenerse a raya y no sucumbir al propio ego» (autolimitación), «Instantes de afecto y compañía que atenúen, y hasta disipen por completo, esta sensación terrible de soledad» (reconexión, amor), «Un verdadero avance tecnológico. Algo así como un cuchillo que, conservando todas sus filosas y tajantes cualidades, no pudiera jamás herir ni matar» (tecnología, no violencia), «Maneras de ser un hombre descartando buena parte de las imposiciones que supuestamente nos harían serlo» (patriarcado, masculinidad), «Algo sagrado y trascendente pero del todo inmune a la manipulación del dogma y la mercancía» (religiosidad ante el colapso), etc. Estas páginas (con fondo crema y siempre en página impar) son algo así como los típicos *pasos* o fragmentos a los que nos

tiene acostumbrados Jorge Riechmann en muchos de sus libros, breves reflexiones yuxtapuestas apropiadas para un blog o una red social de Internet, hilvanados bajo una imagen y un texto puramente *brievanos*. Quizás la intercalación de este tipo de contenidos desluzca un poco el conjunto del libro, puesto que como ensayista o *blogger* Brieva no brilla tanto como poeta/humorista visual, donde muy poca gente está a su altura. Aunque también es posible que haya lectores que lo aprecien como una enriquecedora diversidad de contenidos que les aporte otra manera de acercarse a las ideas que defiende la obra y su autor.

La reivindicación de dichas ideas para *otro mundo posible* que viene plasmando en imágenes Miguel Brieva desde hace varias décadas es inseparable de una durísima crítica a un consumismo consustancial al tipo de capitalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial (de ahí la estética marca del autor, que nos remite al nacimiento del *marketing* y del consumo de masas en la década de 1950) y a la tecnología hipertrofiada e insostenible que cada vez es más indisoluble de dicho consumo. Sin embargo, resulta paradójico que al mismo tiempo Brieva no se acabe de desprender de un cierto tecnoutopismo *light*, que se destila de forma gráfica en algunas de sus obras, como este *Se busca* (esas omnipresentes placas solares y pequeños aerogeneradores), y en algunos conceptos e ideas que maneja acerca de futuros utópicos (nuevas energías y materiales desconocidos, por ejemplo). Sin duda, estas posibles incongruencias o puntos débiles de su mensaje harán torcer el gesto a más de un purista del decrecimiento, que fácilmente lo vinculará con ciertos sectores del progresismo y del ecologismo social más afines a las posibilidades de la mal llamada transición energética, pero no restan valor a una

obra que gráfica y literariamente merece un puesto de honor entre las creaciones culturales que están contribuyendo al cambio de imaginario que necesitamos para sobrevivir a la autodestrucción del capitalismo. «Ninguno de los relatos que nos contamos hoy por hoy dotan de verdadero sentido a nuestra existencia», señala Brieva en la introducción de su libro. Ojalá él siga alimentando nuestra mente con sus relatos poéticos plagados de genialidades humorísticas en el camino hacia una existencia nuevamente dotada de sentido y de posibilidades.

Manuel Casal Lodeiro
Revista 15/15/15

COBALTO ROJO
EL CONGO SE DESANGRA
PARA QUE TÚ TE CONECTES.
Siddharth Kara
Capitán Swing, Madrid, 2023
295 págs.

Por nuestras latitudes es habitual acercarse al fenómeno del extractivismo a partir de las consecuencias sociales que tiene en los países de Latinoamérica. Así, son relativamente conocidas las múltiples luchas que allí se articulan para frenar el expansionismo minero sin control en esos países derivados de dinámicas capitalistas globales. Sin embargo, aunque geográficamente a veces más cercana a nosotros, en numerosas ocasiones la realidad africana tiende a resultar más ajena. El libro *Cobalto Rojo* es uno de esos contados ejemplos en los que, desde aquí, tenemos la posibilidad de asomarnos brevemente a la realidad de este fenómeno que alimenta nuestro modo de vida en el continente africano.

Su autor es el escritor, investigador, guionista, activista, profesor de la Academia Británica, investigador visitante en la Escuela de Salud Pública de Harvard, y profesor asociado de la Universidad de Nottingham (Reino Unido), Siddharth Kara.

Mediante investigación de campo, retratos humanos y testimonios recogidos en los distintos viajes realizados entre 2018 y 2021, entre la ciudad de Lumumbashi, de la provincia de Alto Katanga en el sudeste del país, cerca de la frontera con Zambia, hasta el conglomerado urbano de la ciudad de Kolwezi, capital de la provincia de Lualaba, siempre al sur del país, Kara trata de ofrecernos un panorama del funcionamiento y las lógicas socioeconómicas en el ciclo de la minería del cobalto en la República Democrática del Congo (RDC). La RDC posee más del 80% de las reservas de cobalto conocidas, y genera cerca del 70% del suministro mundial de este metal, básico en muchas aplicaciones industriales, incluidas las baterías de alta gama útiles para el almacenamiento eléctrico en el marco de la transición energética actual. La presencia de este y otros muchos recursos naturales (hierro, cobre, caucho, marfil, etc.), y de los principales minerales de conflicto (uranio, oro, casiterita, coltán, o diamantes) convierten a la RDC en el ejemplo por antonomasia de la denominada «maldición de los recursos», que formulara allá por los años noventa del siglo XX Richard Auty.

El libro enmarca la minería del cobalto en la RDC en el contexto de la explotación de recursos y las prácticas coloniales llevadas a cabo históricamente en la zona, partiendo del tráfico de esclavos promovido por el imperio portugués desde sus costas, transitando por el horror que describía Joseph Conrad en el denominado Estado Libre del Congo del rey belga Leo-

poldo II hasta los distintos gobiernos dictatoriales que han precedido al actual presidente, pasando por el Congo belga y la independencia de manos de dirigentes políticos como Patrice Lumumba, primer presidente democrático, que fue asesinado en 1961 con intervención directa del gobierno belga y de la Agencia Central de Inteligencia de EEUU, acontecimiento clave en el saqueo reciente del país. Desde entonces hasta ahora, toda la historia política de la RDC ha venido marcada por el colonialismo y las pugnas geopolíticas por la posesión de los recursos naturales del país. Visibilizar las consecuencias sociales de esto es el objetivo de este libro, utilizando el cobalto como caso de estudio.

Paradójicamente, a mi juicio, para ello incurre en ciertas contradicciones que generan muchas dudas acerca del trabajo. Por un lado, trata de visibilizar el drama humano y ambiental de la minería artesanal del cobalto, así como la corrupción que hay detrás del comercio de este metal. Pero por el otro, no deja de ofrecer constantemente una mirada colonial al asunto, plagada de paternalismo y con un sesgo prooccidental evidente, produciendo una sensación agrídulce sobre un trabajo que, vista la situación, el lector esperaría menos complaciente también hacia Occidente.

En este sentido, lo primero que llama la atención es que en el intento por mostrar la dinámica colonial que se aplica en el país, Kara acaba por reforzar una cierta visión de los habitantes de este como meras víctimas, sin posibilidad de acción o sujetos a dinámicas que los superan y anulan irremediablemente. El retrato que hace el autor de los congoleños es el de personas indefensas, cuya vida entera es sufrimiento, pasivos objetos de explotación e injusticias, reducidos a la miseria y el dolor.

En el relato no hay espacio para la vida de estas personas más allá del túnel o el pozo minero, aparecen retratados como una «colonia de hormigas humanas» en un país al que se caracteriza como «el infierno en la tierra». Y esto es especialmente visible cuando habla de los niños y las mujeres, paradigma de las víctimas «inocentes y desvalidas», en general, cuyo retrato es aún más dramático, si cabe. La voz de los congoleños está concentrada en los intérpretes locales, necesarios para moverse por el país, y los testimonios de personas que refuerzan el mensaje que el autor quiere dar en cada momento, no existiendo prácticamente voces de la sociedad civil organizada que ya venía investigando este asunto (solo aparecen organizaciones cuyo interés es resaltar la responsabilidad corporativa de empresas que allí operan) o de los académicos del país, destinados al exilio, que aparecen en contadas ocasiones para reafirmar la idea de que habría que ser más prooccidentales en lo que se refiere a derechos humanos y estándares ambientales y de salud pública frente a la influencia china, lo que me lleva al siguiente aspecto a resaltar.

En esa victimización generalizada de los congoleños encontramos al villano de la historia, en este caso, la omnipresente figura de los «malvados empresarios chinos». Es notable el esfuerzo que el autor hace por situar a China en el epicentro de todos los problemas ligados a la explotación del cobalto en la RDC. Una y otra vez a lo largo del texto, nos informa de las prácticas injustas, inhumanas y de los bajos estándares ambientales que aplican los ciudadanos chinos en la RDC, sujetos de odio por parte de los propios congoleños, hasta el punto de que llega a señalar que es peligroso adentrarse en determinados lugares, no solo por el intento del régimen congoleño por ocultar la situación en la que trabajan las personas o el origen

ilegal y en ocasiones sangriento del mineral extraído, sino también por llegar a ser confundidos con ciudadanos chinos por parte de la población local. Este esfuerzo constante por analizar la presencia china en el comercio del cobalto, que existe y presenta rasgos preocupantes, contrasta fuertemente, sin embargo, con la ausencia casi total de otros actores fundamentales en la pugna geopolítica por el control de los recursos del país, incluido el cobalto: Estados Unidos y sus aliados, responsables directos e indirectos de muchos de los acontecimientos de las últimas décadas que se presentan sin un contexto claro a lo largo del libro (invasión de Ruanda-Uganda a finales de los noventa, aparición de movimientos armados, reiteración de guerras civiles en el país, entrenamiento de las fuerzas militares congoleñas por parte de EEUU en bases militares de uso conjunto con el AFRICOM, etc.), y que constituyen una poderosa fuente de injusticia social y problemas ambientales. Paradójicamente, las pocas menciones que se hacen a estos aún importantes actores geopolíticos en la zona son muchas veces para constatar la preocupación que supuestamente les embargaría por, entre otras cosas, los bajos estándares ambientales o de derechos humanos de los «malvados empresarios chinos», y no como protagonistas también de prácticas coloniales, corruptas e interesadas en la RDC.

Por otro lado, también adoptan el papel de villanos los corruptos funcionarios y dirigentes congoleños a los que nada les importa, salvo su propio bolsillo, desde los distintos dictadores que se han ido sucediendo en el país hasta hace poco, hasta los funcionarios provinciales y locales que hacen la vista gorda o bien para participar del expolio o bien para mantenerse en el puesto, incluyendo a distintos miembros de las fuerzas armadas que actúan como

mercenarios a sueldo de las empresas mineras o de los intereses de los funcionarios o dirigentes corruptos. Una corrupción muchas veces sin explicación ni contexto que, en ocasiones, para cerrar el círculo del enemigo oriental, se identifica también con los intereses de los «malvados empresarios chinos» que, o bien por acción o por inacción, serían su fuente.

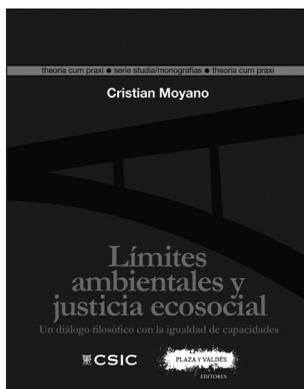
En definitiva, un libro con muchos claroscuros, en el que se da visibilidad a la tragedia derivada del colonialismo verde y ausencia de justicia social que sacuden a la RDC en el caso de la minería del co-

balto; pero también un trabajo cuya perspectiva, ciertamente sesgada en muchos aspectos, no permite identificar a todos los actores de la opresión colonial actual en la RDC ni entender el problema en su contexto real, además de ofrecer una visión desde fuera de los congoleños, en una oportunidad perdida, como víctimas de poderes externos sobre los que no serían capaces de articular un entendimiento cabal ni una respuesta clara.

Pedro L. Lomas

Investigador en el área Ecosocial de
FUHEM

NOTAS DE LECTURA



LÍMITES AMBIENTALES Y JUSTICIA ECOSOCIAL. UN DIÁLOGO FILOSÓFICO CON LA IGUALDAD DE CAPACIDADES

Cristian Moyano

Plaza y Valdés/CSIC, Madrid, 2023.

436 págs.

El filósofo y doctor en Ciencia y Tecnología Ambiental, Cristian Moyano, nos presenta en este libro una rica discusión sobre cómo, en el actual contexto de crisis ecosocial, el concepto de interdependencia puede suscitar un debate ético sobre el modo en que formamos parte de esa red de relaciones. El objetivo del trabajo es el de esbozar teóricamente una filosofía de la justicia adecuada a ese contexto que sirva para comprender los problemas morales de la industria cárnica –como tema concreto sobre el que se articula la policrisis en el libro–, utilizando el enfoque de las capacidades de Amartya Sen y Martha Nussbaum como punto de partida.

Dado que el florecimiento de unos puede impedir el florecimiento de otros, de tal modo que pueden aparecer conflictos entre sus capacidades, cabe preguntarse hasta dónde debemos expandir el círculo del florecimiento personal, y cuáles son

las capacidades que habría que igualar. También si hay unos límites ecológicos para ello, de tal modo que, aunque todos quieran desarrollarse libremente, no todos pueden por igual, de forma que las capacidades de unos salen ganando, a menudo, ejerciendo dominación sobre las de otros.

En ese conflicto entre capacidades –contracapacidades, según denominación del autor– en un contexto de crisis ecosocial, unos pierden más que otros, surgiendo toda una problemática de carácter ético. Para afrontarla, el autor desarrolla su argumentación en las cuatro partes en las que se divide este trabajo.

En una primera parte presenta el marco teórico filosófico del enfoque de las capacidades, introduciendo el pensamiento sobre justicia que predominaba antes del mismo y explicando con detalle en qué consiste este y cuáles son sus principales argumentos dentro de la tradición distributiva de la justicia.

En la segunda parte del trabajo realiza una crítica hacia algunas de las bases conceptuales de este enfoque, planteando la existencia de conflictos entre capacidades o contracapacidades, así como la necesidad de aceptar la existencia de capacidades identitarias o colectivas. Una vez aceptadas estas, se exploran y denuncian las relaciones de dominación entre capacidades desde una perspectiva republicana, presentando la justicia como ausencia de dominación y responsabilidades colectivas. La tesis defendida aquí es que el enfoque de las capacidades no es sensible a la noción de comunidades de significación o al concepto de agencia sociohistórica, lo que deriva en una falta de reconocimiento de capacidades colectivas y en un tipo de justicia distributiva de corte liberal en lugar

de una justicia de corte comunitarista. No se concede, por tanto, una atención adecuada a las relaciones de dominación que pueden impregnar las libertades sustantivas de los individuos, lo que explica que puedan darse contracapacidades sin que el enfoque de las capacidades lo advierta.

El tercer bloque es una exposición del contexto de crisis al que se debería enfrentar la formulación clásica del enfoque de las capacidades, utilizando la industria cárnica como un ejemplo paradigmático de generación de contracapacidades. Al tratar de aplicar el concepto de contracapacidad al contexto de los impactos derivados de la industria cárnica, desde una perspectiva republicana y comunitarista de exploración, se aprecia cómo el metabolismo industrial genera numerosas injusticias sociales y ecológicas, locales y globales, resultando adecuado proponer unos límites ecológicos –no solo umbrales sociales– a las capacidades humanas porque la simple igualación puede provocar amenazas a la salud pública, generar paradojas como la malnutrición, producir desequilibrios biogeoquímicos en los ecosistemas o tener consecuencias negativas en el metabolismo de los consumidores, entre otras.

Para terminar, en el cuarto y último bloque, se plantean alternativas para adaptar o transformar ese marco teórico de las capacidades, explorando distintas propuestas de justicia ecosocial coherentes con el contexto de crisis ecosocial actual. Entre ellas, la ética de la interdependencia global, ciertas teorías contractualistas de distribución de los efectos de la crisis, o diversos modelos de justicia, movimientos sociales o cosmovisiones acordes a la emergencia ecológica desde la filosofía del reconocimiento y de la ausencia de dominación. También se dedican algunas páginas a comprender mejor algunas

aportaciones recientes que se han hecho desde la literatura de las capacidades al tratamiento del problema ambiental y ecológico. Finalmente, sobre la base de estas ideas se formula el concepto tentativo de florecimiento sinérgico con la vida no humana, según el cual se deberían reconocer las capacidades ecosistémicas basadas en la noción de integridad y, a la vez, armonizarlas con el desarrollo de las capacidades humanas, siendo coherente con el contexto de policrisis actual y estimulante para nuevos futuros.

Área Ecosocial del FUHEM



EL MUNDO ENTONCES. UNA HISTORIA DEL PRESENTE

Martín Caparrós

Random House, Barcelona, 2023

432 págs.

El mundo entonces es la última entrega editorial de Martín Caparrós, reconocido escritor argentino, periodista y ensayista. A lo largo de su trayectoria, el galardonado con el Premio Ortega y Gasset de

Periodismo a la trayectoria profesional 2023 ha abordado una amplia variedad de temas, desde la pobreza y la migración hasta la alimentación y la política, destacando por su estilo ágil, provocador y sutilmente irreverente a la par que por su capacidad para abordar temáticas complejas de manera accesible para el lector. En ese sentido, el texto objeto de la presente nota no es una excepción y vuelve, empleado en este caso la técnica de la distancia ficcional, a abordar temas actuales, muchos de los cuales controvertidos, con un enfoque crítico, a veces hasta finalmente irónico, dando muestra de su renovado compromiso con el periodismo y la literatura como herramientas para sensibilizar, denunciar, comprender la realidad con voluntad de transformarla. Es por eso por lo que, en el mundo de la crítica literaria, hay quien define a Caparrón como «una manera de ver y entender el mundo», un auténtico «maestro de la crónica».

La extensa propuesta, como es costumbre, que realiza el autor argentino en el volumen para la editorial Random House nos deja un retrato a veces fascinante, a veces escandaloso, a veces inquietante, a veces sorprendente, a veces irónico... de nuestro tiempo presente, escrito, sin embargo, desde la mirada de una historiadora del siglo XXII, es decir desde la óptica de alguien absolutamente ajeno a nuestro mundo, que filtra y entrecruza los principales hilos conductores de nuestra organización social, económica, política y cultural para ofrecernos un panorama general de nuestra sociedad en el fin ya de la «Era del Fuego». Así, dando prueba de ser un exquisito de la escritura, uno de los más geniales cronistas contemporáneos, Caparrós abre el libro con una cita del filósofo italiano Giorgio Agamben, un perfecto abreboca al libro que recita: «Es en verdad contemporáneo aquel que no

coincide a la perfección con su tiempo, ni se adecúa a sus pretensiones y es, por ende, en este sentido, inactual; pero justamente por eso, a partir de ese alejamiento y ese anacronismo, es capaz de percibir y aprender su tempo». En definitiva, el libro del argentino, entre un manual de historia sobre el siglo XXI y un género inclasificable (cómo lo define el mismo autor), se perfila como una herramienta que sirve para retratar qué hacemos, quiénes somos, quiénes seremos y que nos advierte del derrumbe de los pilares que han sostenido-sostienen la civilización occidental.

Los capítulos a través de los cuales se vertebra el texto, cuya primera aproximación –complejizada en el caso del libro– fue publicada a lo largo de varios meses en *El País*, incluyen desde la explosión demográfica hasta los cambios en el amor, la gentrificación, la familia y la situación de las mujeres, pasando por las nuevas formas del trabajo, la irrupción de la IA, el poder de las grandes corporaciones digitales y su peso en nuestras vidas, el avance chino y el descrédito de las democracias, los cambios en el ocio y la alimentación, las nuevas formas de hacer la guerra y las viejas formas de creer en dioses. Además, a casi todos los capítulos, el argentino agrega unas pequeñas historias de personajes que aparecen y que tienen algo que ver con el capítulo anterior o posterior. Como vemos, algunos temas son claramente recurrentes en su obra y la ordenación temática responde a un preciso diseño narrativo (describir el fin de un ciclo histórico).

Durante mucho tiempo los estudiosos dividieron la historia de la humanidad en cuatro edades que llamaron Antigua, Media, Moderna y Contemporánea (el autor sostiene que llamar «contemporánea» a la época en la que vivimos es

una especie de disparate epistemológico y en ese sentido utiliza la expresión «Edad Occidental» para referirse al periodo que corresponde a los últimos 250 años) y por eso fijaban el fin de cada edad en una fecha convencional. En el siglo XXI el corte que Caparrós quiere entrever a través de los ojos de la historiadora parece quizás ser menos preciso que en épocas anteriores, aunque llegue a prefigurar un claro cierre de un ciclo: la llegada del fin de la «Edad Occidental», marcada por el *sorpasso* económico chino (el Gran Cambio) como indicador de un nuevo orden que empezaba. A partir de aquí toma forma el trabajo de búsqueda e investigación de una historiadora del futuro que quería saberlo todo sobre la historia de nuestro presente. Un encargo que el «Saber Central» hizo «a la manera antigua», a una humana, una historiadora con una mirada extraña, ajena, extrañada pero capaz de mostrar, mirando desde lejos, cosas que, de cerca, a veces, ni siquiera se sospechan porque se tienen ya incorporadas. Y eso, la distancia precisamente permite entender un mundo donde coexisten-coexistían varios mundos y territorios, un espacio radicalmente dividido donde hay-había recelos y envidias, donde hay-había desigualdades. Según Caparrón, ninguna palabra tiene más fuerza para reseñar «aquella» época (nuestra época) como esa expresión.

Frente a una idea de espacio (el mundo/los territorios) indefinida y difícil de acotar según el argentino, sin embargo, un asunto importante a destacar en el libro es la idea de tiempo, que aparece siempre muy clara: el libro relata las cuestiones, los temas o problemas que definieron (definen), sin dudas, un época, hace cien años, el final, para ser precisos, de aquella «Edad», un momento histórico de

fuerte fragilidad, pero al mismo tiempo de búsqueda de qué futuros imaginaban-imaginan los hombres y mujeres de 2023.

Caparros diseña y consigue, de ese modo, un libro que se lee como una invitación al extrañamiento, a mirar todo de nuevo, con otros ojos, para evitar el desastre. Cien años después, «cuando casi todos están muertos, sabemos dónde iban».

Área Ecosocial del FUHEM